

## Noticiario

LA SANGRE Y LA ESPERANZA. ORBE.

Así como se nace con una linda voz o con unos puños capaces de derribar a un toro, así Nicomedes Guzmán nació novelista. Sus ojos, espejo en el cual se reflejó la vida a lo largo de sus años, por no decir exactamente la frase de Stendhal, se quedaron llenos de visiones y auténticas imágenes de la infancia. De una infancia vivida como la vivió Gorki, Knut, Hamsum, Panait Istrati y otros grandes creadores de belleza que por merced maravillosa de esa facultad que concede el talento, supieron arrancar de lo más hondo de la entraña de un pueblo, sus esencias más auténticas y sus latidos más hondos y estremecidos de vibraciones humanas.

Nicomedes Guzmán, es simple, directo, objetivo. Sin hacer retratos físicos de sus personajes, los echa a andar con una frase, con una actitud, con un detalle. No sabemos muchas veces si los hombres que desfilan por sus páginas son morenos o rubios y si tienen los ojos verdes o pardos. Pero los sentimos caminar. Los sentimos sufrir y agitarse en ese jadear cotidiano de la vida del hombre del pueblo, de cuya intimidad los demás nada saben, sino cuando realiza un acto generoso o revienta como una pústula dejando salir todo el virus que obscuras pasiones acumularon en su corazón a fuerza de estrellones con la vida.

Con sus novelas, Guzmán llega a realizar dentro de la creación literaria de nuestro país, una etapa de auténtica expresión de un medio, hasta ahora casi desconocido por el público, que no pertenece a la clase social que describe el autor. Pinta el conventillo santiaguino sintiéndolo en carne viva. Diríase que manchado por las expresiones procaces que borbotan a diario en los labios que encanalló el alcohol y los vicios; tiritando con el frío del invierno en las noches en que el arrabal siente el trágico dolor de la miseria y en los días tercios—como la voz de un hombre que no conoce la piedad—de la huelga, cuando se acaba el pan y los chiquillos lloran agarrados de las faldas de la madre, que muchas veces tiene que lavar y planchar las pobres sábanas de la cama para mandarlas a empeñar y así tener otra vez un relámpago de dicha en el hogar, mientras hierven las ollas y el fuego alegre chisporrotea su promesa amorosa y cordial. Imponderable felicidad de los pobres que es un poema de las vidas humildes.

Joaquín Edwards, pinta la vida de un muchacho del pueblo, nacido en un lupanar. A ese libro que en su mayor parte es más bien el producto de la imaginación que de la observación directa no creo que se le pueda conferir la calidad de una novela eminentemente popular. González Vera, pinta un conventillo con muchos afeites que es más que nada un prodigio de habilidad literaria, trabajosamente conseguido. Alberto Romero, sería quien está más cerca de interpretar un medio del cual no forma parte y es sólo un observador. Pero ahondó en el estudio de los personajes y se detuvo prolijamente en observar ciertos caracteres, como el de la Ufrasia, que está muy bien logrado. Llega con Sepúlveda Leyton, la etapa en que se traduce directamente el ambiente popular de las barriadas santiaguinas. Primero él, en «Hijuna» que es la pintura del barrio Matadero. Nicomedes Guzmán nos describe el barrio Mapocho en esta novela. Sigue, sin imitarlo por supuesto en la manera de crear, a Sepúlveda Leyton y nos da a ratos momentos lle-

nos de ternura humana, que hacen recordar a aquel del caballo pio del viejo guardián del Parque Cousiño, que dejaba montar a los chiquillos, para que se encaramaran como racimos gozosos en la grupa del manso animal, que leímos en «Hijuna». Guzmán, asimismo, tiene el acierto de pintar escenas de emoción, en las que vemos el alma grande del hombre de nuestro pueblo cuando no está corroído por los vicios. Las coloca en violento contraste con aquéllas en que una parte considerable de ese mismo pueblo se corrompe y se envilece, sumergido en la miseria, en el alcohol o en la ignorancia. Pero es artista por encima de sus simpatías políticas. No hace sermones, no declama. Cuenta lo que la vida fué dejando en su corazón y en su sensibilidad, para conseguir por ese medio aquella transformación social por la cual lucha Malraux y otros novelistas europeos y norteamericanos.

Un poco más de justicia social, de comprensión y de dignidad humana, de menos egoísmo por parte de aquellos que tuvieron, quién sabe si la suerte o la desgracia, de obtener todos los bienes materiales que en esta vida se pueden alcanzar. Un médico, el doctor Rivas, y un fraile, el Padre Carmelo, representan en la novela de Nicomedes Guzmán este anhelo de solidaridad. No vemos en Guzmán ese odio furibundo que lanza anatemas y apocalípticos augurios desde ciertos ángulos para juzgar la vida y los actos de quienes no hacen profesión política aun cuando no tienen nada que defender y, sí, mucho que ambicionar en comodidades materiales.

La literatura de un pueblo tiene etapas bien significativas. En Chile nos hablaron del campo, hombres de verdadero talento, como Joaquín Díaz Garcés y Federico Gana. Pero sólo lo conocían desde el tren; mirado desde las casas del patrón de un fundo o paseando a caballo por los potreros. Pintaron un campo antojadizo, distante de la realidad. Viene después una etapa en que algunos escritores se acercan al campesino, tratando de descubrir su intimidad, aunque no son huasos ni in-

quilinos ellos mismos. Fernando Santiván y Mariano Latorre, podrían citarse entre estos últimos. Se produce de este modo una literatura más vital, más trascendida de humanidad.

Nicomedes Guzmán realiza en la ciudad esta etapa que aquellos escritores realizaron en el ambiente rural, con la ventaja de que él es actor del mismo medio que pinta. Pero... ¿hay necesidad de que recurra a ese crudo naturalismo que emplea al transcribir las expresiones procaces del pueblo, con tan reiterada frecuencia para dar la sensación de la realidad? A la larga esto puede constituir una grave falla. Por lo demás no es una audacia de última hora. Zola hizo gala de ella en Francia, hace sesenta años. ¿Y los romanos y los griegos? No nos dejemos arrastrar por ciertos influjos malsanos destinados a negar el honrado esfuerzo de otros, halagando a fardo cerrado a un joven escritor de excepcionales facultades naturales. Es con gente de esta calidad con quienes hay la obligación de ser más sinceros.

### TRES CUENTOS DEL NORTE.

La pampa del salitre es el prodigioso venero literario que los novelistas chilenos aun no han tocado en lo hondo de su poderoso contenido vital. Montenegro, Koenenkampf, Garafulic y V. D. Silva han trazado sobre esas vidas, apenas leves rasguños. La existencia del pampino permanece inédita a tal extremo que no es un error afirmar que lo más interesante de un extenso sector de la vida chilena, se perdió quién sabe si para siempre, de la creación artística.

Ahora estos jóvenes escritores de Antofagasta han publicado con este título, en un pequeño volumen, tres cuentos premiados por la Municipalidad de Antofagasta, estimulando la cultura y el conocimiento de esa zona por este medio que en realidad tiene más importancia y valor que todos los folletos de propaganda desordenada que pudieran hacerse. Mario Bahamonde, Arturo